

Cordelia

Volumen 1

Octubre de 1912

Número 2

Publicación mensual
dedicada á la mujer costarricense

Director,
José Fabio Garnier

ADA NEGRI es la autora de tres libros preciosos: *Faltitud*, *Tempestades* y *Maternidad*. Dotada de una energía maravillosa supo surgir en estos tiempos en los que la poesía no encuentra regazos amorosos en los cuales poder adormecerse tranquila. Luchando por la existencia desde muy joven, probó todos los dolores de los desgraciados de quienes su musa aprendió muchas ternuras y muchas rebeldías. Fue maestra y allí rodeada de cabecitas rubias y de cabecitas morenas sintió los primeros encantos de la vida; la infancia le inspiró entonces muchos de sus más bellos cantos, los que reunió en su volumen *Maternidad*. Con la condesa de Noailles y con Rosemonde Gérard es una de las primeras poetisas de raza latina. A su musa delicada esperan triunfos extraordinarios pues aun no ha dicho todo el sentimiento que atesora aquella alma privilegiada.



ADA NEGRI

CORDELIA

Publicación mensual dedicada á la mujer costarricense

SUMARIO DEL PRIMER NÚMERO

MARÍA PLATTIS (con retrato)	<i>La Dirección</i>
INICIAL	<i>La Dirección</i>
IDILIO DE PLANTAS	<i>Azaikán</i>
SERÁ LARGO EL CREPÚSCULO	<i>Condesa de Nouilles</i>
MUJERES IDEALES: CORDELIA	<i>La Dirección</i>
DEFINICIÓN	<i>Josefa Murillo</i>
DULCE CASA	<i>María Plattis</i>
CANCIÓN	<i>Cristina G. Rossetti</i>
LOS GRANDES	<i>Ada Negri</i>
LA CONQUISTA DEL HOMBRE	<i>Lavinia Hart</i>
DE MI DIARIO	<i>Eugenia de Guerin</i>

SUMARIO DEL SEGUNDO NÚMERO

ADA NEGRI (con retrato)	<i>La Dirección</i>
MUJERES IDEALES: CARLOTA	<i>P. de Saint Victor</i>
CONSEJO	<i>Dulce Ma. Borrero</i>
VIRTUDES FEMENINAS	<i>Paula Lombroso</i>
EL HOMBRE	<i>Adela Zamudio</i>
LA MISIÓN DE LA MUJER EN LA LUCHA CONTRA LA INMO- RALIDAD	<i>Felicitas Buchner</i>
BERCEUSE	<i>María Vaz Ferreira</i>
IDILIO	<i>Gabriela Preissovna</i>

Mujeres ideales

Carlota

«Acababa de apearme, cuando una criada, que apareció en el dintel, me rogó que aguardara un momento a la señorita Carlota, que pronto saldría. Crucé luego el patio para acercarme a la linda casa y subí la escalera. Apenas entrado en el primer aposento, se ofreció a mis ojos el más admirable espectáculo que he visto en mi vida. Seis niños, que tendrían once años el que más y dos el que menos, se agrupaban junto a una joven, de mediana estatura, pero bellamente conformada. Iba sencillamente vestida de blanco con lazos color de rosa en el pecho y en las mangas y estaba repartiendo rebanadas de pan a los chiquillos, según su edad y apetito, pero ¡con tal ternura! ¡y ellos le decían «gracias», uno tras otro, con tal candor!... Todos tendían las manecillas al aire, mucho antes que estuviera cortado el pan».

En este puro cuadro de familia, se le apareció Carlota a Werther por primera vez, y esa momentánea actitud pinta y describe su destino. Carlota es el ideal de la mujer casera y hacendosa, madre de familia antes de tiempo por virtud de seis

hermanitos que se ve obligada a educar.

No forma sólo el encanto del hogar, sino que representa en él la vigilancia y el orden. Su lámpara de virgen prudente, mantiene en ella el bienestar; su santa patrona no es María la contemplativa, sino Marta la hacendosa, que atiende a los quehaceres domésticos.

Encerrada en su estrecho círculo, lo anima con jovial y desenfadada actividad. La poesía del pensamiento y la realidad del deber, se acuerdan y armonizan en sus actos. Del vals alado que la arrebató a la tierra, pasa sin esfuerzo a las compotas y la lejía; y tras haberse adormecido soñadora al grato rumor de la lluvia que refresca la campiña o haber suspirado por Klopstock, con los ojos embebidos en lágrimas, se va tranquilamente a acostar a los niños.

Hay en un cuadro de Murillo, un Angel, que se entretiene en cocinar con grata alegría. Roza suavemente los más vulgares utensilios con sus alas sin mancharlas, y la jarra parece en su mano vaso del tabernáculo celeste; calderos y lebrillos, frutos, legumbres, canastas, se ilu-

minan con el divino reflejo de su aureola. Pues bien; esta es Carlota idealizando con su gracia el ajuar; las rebanadas que distribuye a sus chicuelos parecen de una comunión maternal; el canario que picotea en sus labios la migaja de pan, un pajarillo fantástico; el árbol de *Noel* cuyos cirios enciende, se cubre de estrellas. Infunde su alma entera al humilde interior, y aparece transfigurado.

Como la princesa del cuento de Perrault, Carlota puede regalar a su novio su anillo nupcial dentro de un pastel, amasado, por sus propias manos.

De esta tierna criatura se exhala la pasión terrible que consume a Werther; de este hogar tranquilo surge la llama que le devora. Verdad que nunca corazón más ardiente se acercó a mujer más digna de amor. Con su febril ociosidad y vaga inquietud, con su imaginación dolorida y su nobleza de alma, ahogada por la penuria y escasez, Werther había de ser presa del primer amor que se apoderara de su ánimo. Para arder y consumirse, le bastaba una chispa y ésta salta del hilo de luz, como hubiera podido saltar del rayo.

¡Qué ardiente y puro su amor, antes que la desesperación lo desfigure y lo empañen sombras de muerte! Toda la primera parte del libro es un himno de entusiasmo a la vida. Werther se enamora de Carlota a primera vista; y esta visión le enajena en éxtasis. «Me despedí pi-
diéndola que me permitiera volver
»en el mismo día; consintió en ello
»y la he vuelto a ver. Desde este
»momento, compónganse a su guisa
»sol y luna, que ya no sé cuándo
»es de día y cuándo de noche; el
»universo entero se ha desvanecido

»para mí». La pasión le embriaga como vino generoso: si baila con Carlota, se cree transportado al quinto cielo; el contacto de sus dedos o de su pie con que tropieza debajo de la mesa, su hálito rozándole los labios, vierten fuego derretido en sus venas. Un día, que no pudo verla, manda a la casa a un criado, y a la vuelta le parece como iluminado de celeste claridad. «Di-
»cen que la piedra de Babilonia,
»puesta al sol, absorbe sus rayos y
»luego a la noche centellea en las
»tinieblas. Algo de esto me sucedía
»con mi criado. Con sólo pensar que
»ella había detenido su mirada en
»aquella cara, y en los botones y el
»cuello de su librea, se convertía
»para mí en objeto sagrado. ¡No le
»hubiera cedido por mil escudos!» Esta embriaguez interior desborda sobre la naturaleza, que besa con apasionada vehemencia.

Embalsama los primeros capítulos del libro como una primavera sagrada — *ver-sacrum*, — durante la cual Werther aspira el alma de las cosas, y la vida universal fermenta en su corazón, y el amor, engrandecido, se inclina al panteísmo. Suenan en aquellas páginas gritos de águila que se apodera del espacio, y se sumerge en él de un aletazo. «¡Ah! cuántas veces deseé volar,
»por entonces, a las orillas de la mar
»inmensa, beber la vida en la copa
»de delicias del Sér causa de todo
»por sí y para sí».

Lo verdaderamente conmovedor del carácter de Werther es su ingenuidad, que se confunde con la violencia de sus impresiones. No representa un papel, como hicieron después sus imitadores. Su melancolía carece por completo de énfasis teatral. Libre de la crisis de exaltación, y en los intervalos en que

le deja la fiebre, se convierte en un buen alemán, Joven y candoroso, que se lleva perfectamente con la tranquila Carlota. Se encarama a los árboles de su jardín, tan campante, para hacer caer las peras que ella recoge desde abajo en su falda; juguetea con los niños como un niño y se entretiene en desvainar guisantes con su huésped mientras lee la Odisea o la Iliada. La tragedia que le arrastra a la muerte, se halla entrecortada de idílicos senderos.

Y en sus amores, ¡cuánto pudor! Mucho tiempo se pasa sin que lo exprese más que con miradas y suspiros. La idea de que Carlota está prometida a otro, tiende entre ellos inviolable valladar, comparable a la espada de caballero que los novios de la antigüedad ponían en mitad de la cama, donde dormían juntos, y que más que empuñada por amenazadora mano, protegía a la virgen dormida. Un francés enamorado, intentaría, en su lugar, suplantar al para él odioso rival; pero el honrado Werther no piensa en ello un solo instante. Todo lo contrario; hace justicia a Alberto, le quiere, le estima, le juzga digno de su adorada.

Hasta en los momentos de desesperación, su pasión conserva este leal candor. En un acceso de celos,

se le escapan estas palabras: «Y sin embargo ¿lo diré? ¿por qué no he de decirlo, Guillermo? más feliz ¿hubiera sido conmigo que con él; ¡oh! no es el hombre que pueda satisfacer los deseos de su corazón. Cierta defecto de sensibilidad, defecto... tómallo como quieras; su corazón no late a la lectura de un libro estimado, cuando el de Carlota y el mío se comprenden tan bien! y lo mismo nos pasa mil veces, si por ventura nos ocurre expresar nuestro sentimiento sobre un acto cualquiera...» Pero a renglón seguido, arrepintiéndose de haber ido tan allá, añade: «Verdad que como la ama con todo su corazón, ¡que no merece semejante amor!»

Y Carlota, la tierna Carlota ¿amó al pobre Werther? La fraternal amistad que le manifiesta ¿no se convierte en su seno en amor, furtivamente acariciado? ¿Le compara alguna vez con su marido, como el sueño delirante por el cual suspiramos, con la realidad aceptada por resignación? El libro sólo contesta con algunas reticencias a estas preguntas, y apenas alza el velo en que se envuelve esta alma púdica para atravesar la tempestad desencadenada sobre ella.

PABLO DE SAINT-VICTOR

Consejo

Hay en mi corazón—lago tranquilo
donde desnuda tu ilusión se baña—
profundos senos que encubrió el Olvido
cual suave lino de traidoras ramas.

Que nunca ¡oh, nunca! tu ilusión querida
en ellas ponga la confiada planta
que helada al punto y muerta quedaría
en el secreto abismo de mis lágrimas!

DULCE MARÍA BORRERO (1)

(1) Poetisa cubana cuyas delicadas poesías acaban de ser reunidas en un volumen que publicará una casa editora alemana.

Virtudes femeninas

La naturaleza femenina consta de una gran cantidad de defectos, defectos que son eminentemente femeninos: la vanidad, los celos, la coquetería, la maledicencia; sin embargo, la mujer tiene también muchas buenas cualidades.

La mujer vive, siente más con el corazón que con la mente; todas sus sensaciones, sus sentimientos, sus facultades irradian de la parte afectiva de su ser. La vanidad femenina es deseo irresistible de agradar mientras en el hombre es deseo ardiente, imperioso de llegar, de triunfar. El sentimiento que en la parte masculina de la humanidad se traduce en una simpatía entusiasta, en la mujer es una necesidad de inmolarse, es un sacrificio de la propia persona, es una generosidad ciega. El amor que para los hombres es alegría de los sentidos, afirmación de la propia personalidad, para la mujer es un detalle de ternura, de dulzura, es un deseo de humillarse, de convertirse en cosa perteneciente al amado; el amor a él le enseña la soberbia, a ella, la humildad.

Una de las más graciosas cualidades de la mujer es la de ser optimista, alegre, expansiva, eterna fabricante de alegrías para sí misma y para los demás.

Es verdaderamente extraño que sea más alegre y más optimista que el hombre siendo ella quien debe aceptar la vida como los demás se la imponen, a veces, diversa de la que ella había soñado; apesar de poder desarrollar su vida tal como le plazca, el hombre es mucho menos alegre y sereno que la mujer, goza menos intensamente las bue-

nas fortunas que la suerte le depara, se echa a morir al encontrar en su camino las más frívolas contrariedades, es pesimista aún cuando no tenga causas razonables de tristeza; frente a las dificultades se desespera y se deja abatir más de lo que haría una mujer.

La mujer posee ese don divino de saber gozar la alegría intensamente y completamente de la misma manera que acepta con resignación el dolor soportándolo como una fatalidad.

La mujer es feliz con un poco y con todo: las condiciones económicas difíciles en vez de serle molestas son para ella un motivo de complacencia orgullosa; su felicidad consiste en trabajar desde la mañana hasta la noche, porque se siente satisfecha al saberse útil y necesaria; raramente se lamenta de las propias condiciones ni se queja por no haber tenido una suerte más brillante, al contrario, piensa en el destino adverso que les ha tocado a otras mujeres, más desgraciadas que ella y las compadece y las consuela si le es posible. Hará sueños grandiosos para sus hijos y de todo sabrá obtener la alegría, naturalmente, sin esfuerzos.

Otras virtudes característicamente femeninas son la de poderse dominar en las pequeñas contrariedades, la de poder esconder las propias preocupaciones, la de ser discreta y la de someterse indulgente, dócil a todo.

La paciencia es una cualidad instintiva en la mujer. Probablemente nació en ella en aquellos tiempos lejanos en los cuales un acto suyo de rebelión suscitaba los más enér-

gicos castigos; después se desarrolló —en épocas menos lejanas— cuando se dió cuenta de que las arrugas del enojo y las contracciones musculares de la ira no la embellecían. También deriva sus admirables facultades de paciencia y de tolerancia, de la maternidad que es un largo y no interrumpido ejercicio de paciencia, de sacrificios y de fatigas soportadas con valentía.

Si se explica y es natural la de una madre con su hijo, es maravillosa la paciencia que una maestra, una nodriza, una niñera, tienen con niños a los cuales no las une ningún lazo afectivo. Quien visita un asilo de Froebel o una clase infantil puede darse cuenta de lo que afirmo. Son niños que no comprenden, que olvidan, que se distraen, que son díscolos, llorones, sucios y una maestra tiene que cuidar a veces hasta cincuenta de ellos durante cinco o seis horas diarias. Y ni por un momento siquiera pierde su alegría, su dulzura indulgente; le parece natural repetir mil veces la misma explicación rudimental y no se enoja cuando después de tantas repeticiones, le responden que la *o* es una *i*.

Y más admirable me parece en una mujer la fácil y espontánea tolerancia que pone en práctica al soportar, sin perder la paciencia, el malhumor de las personas con quienes vive; cosa que no vemos en el hombre pues este encuentra muy natural, naturalísimo, el desahogar en casa con regaños y asperezas el malhumor que le han causado en la calle: una complicación en la enfermedad de un cliente, el atraso de una carta demasiado esperada, el saludo frío de un cualquiera, una reprensión del superior o una imperitencia de un subordinado, son, a

veces, las leves causas que bastan para desencadenar una guerra doméstica.

En la calle el hombre ejercita, diariamente, sobre sí mismo, una cierta reserva que le aconsejan la prudencia, el interés y a veces el miedo; en la casa se cree autorizado para dar libre salida al malhumor y la mujer y la hermana, en vez de enojarse, creen un deber natural soportarlo sin protestar.

Con la misma paciencia pero con más fortaleza de ánimo ella oculta las propias contrariedades que nunca faltan en la tranquila vida femenina; una criada que sirve mal, una mala calificación en las notas de su hijo, una dificultad de dinero, son preocupaciones tan graves como los fastidios profesionales para un hombre; pero ella busca la manera de vencerlos, reprimiendo toda falta de valor sin preocuparse por buscarle desahogo.

Las formas de paciencia femenina son muchas: compuesta de elementos simples de serenidad, de discreción y de firmeza, virtudes que si son poco brillantes, son bastante preciosas en la mujer porque ponen un algo que debilita las dificultades de caracteres y que disuelve toda nube amenazadora.

Otra cualidad de la mujer que la sirve admirablemente en la vida cotidiana, en esa posición de reina sin reino, es la intuición, es el sentido práctico que posee: la capacidad admirable, casi siempre infalible, de juzgar a las personas y de aprovechar las ocasiones en provecho propio.

Esa intuición es admirable cualidad social, eminentemente femenina.

La paciencia hace soportar a la mujer la vida cual es; la intuición

hace que utilice todos los elementos que la vida la ofrece para sacar de ella la mayor cantidad de alegría. La mujer sabe cuando debe aparecer, cuando debe esconderse, empuñarse, cuando debe obstinarse tenaz y cuando le conviene ceder con humildad; sabe esperar con paciencia las ocasiones y tiene la sabiduría de aprovecharse de ellas cuando se presentan inesperadas. La intuición femenina dirige, discipli-

na, coordina todos los sentimientos hacia un fin determinado, el fin de conquistarse una posición importante en la vida y de tomar su parte de éxito y de valor social. Es con tales expedientes, es con tales recursos como la mujer se ha conquistado el puesto de soberana de nombre—digamos, de reina morgánica—en la vida contemporánea.

PAULA LOMBROSO CARRARA¹

El hombre

Cuando abrasado por la sed del alma
quiere el hombre, viajero del desierto,
laureles recoger,
al umbral de las puertas de la gloria,
«detente aquí», le dice a la mujer...
Y al volver a emprender la ardua carrera
si siente que flaquea su valor,
«ven, ven», la dice entonces,
«tú eres mi compañera,
en las horas de lucha y de dolor».

ADELA ZAMUDIO²

La misión de la mujer en la lucha contra la inmoralidad

Dice la señora E. Piecynska en su interesante libro *La escuela de la pureza* que en todo tiempo las aspiraciones y las tolerancias de nuestro sexo han determinado el grado de pureza o de corrupción al cual han llegado los pueblos.

Si debemos juzgar por el estado desolante de corrupción de las costumbres actuales, tenemos que deducir que las mujeres de las generaciones anteriores no supieron cumplir como debían la propia difícil misión.

Y no hay que extrañarse. En el rapidísimo cambio de nuestras condiciones económicas y sociales para

el cual no estaban preparadas, ellas no podían darse cuenta exacta del hecho que hoy, a nuestra vista, parece tan evidente; es decir, el hecho de que los métodos bastante primitivos de educación familiar que fueron magníficos para otros tiempos no podían producir los mismos resultados en la época moderna en la cual todas las circunstancias habían cambiado radicalmente mientras la vida imponía a nuestra juventud deberes nuevos y le ofrecía innumerables complicaciones y le

¹ Hija del célebre Cesar Lombroso. El párrafo anterior lo tradujimos para CORDELIA de su interesante libro *Los caracteres de la feminidad*.

² Poetisa boliviana.

presentaba inesperados peligros.

Actualmente nos encontramos frente a una nueva y grave dificultad. La mujer de hoy además de no estar preparada para esta lucha difícil no quiere entrar en ella porque no vé el peligro que trae para ella y para su familia la corrupción física y moral de la juventud. No lo vé y no lo quiere ver. Dice que no puede ocuparse de esas cosas inmundas por las cuales todos sienten repugnancia. Cree que exageran los que de eso hablan y no se preocupa por confirmar su creencia. Dice que a ella no le toca mejorar el mundo, cosa que corresponde — según los débiles— a las autoridades y a las leyes; se escandaliza porque hablamos de estas cosas mientras un falso pudor le impide cumplir con su deber.

Y para qué sirven las leyes, las protestas públicas, las obras de salvación y de protección, los esfuerzos de toda clase mientras las mujeres honradas e inteligentes sean cómplices de la inmoralidad recibiendo en sus casas—en donde son reinas o deben serlo—a hombres notoriamente libertinos; permitiendo que sus hijas ingenuas se unan a hombres a quienes la vida licenciosa ha arruinado física y moralmente; no exigiendo de sus hermanos, de sus maridos, de sus hijos una vida sobria y casta, no enseñándoles la pureza del pensamiento, el respeto profundo por los misterios sublimes de la maternidad; no obligándolos a honrar en la mujer a la madre de nuevas generaciones, a ver, hasta en las mujeres impuras, no criaturas despreciables, no un instrumento de placeres viles sino una infeliz hermana, un alma inmortal caída que es preciso levantar si se puede?

Es un signo doloroso de debilidad moral ese continuo esperar todo de las autoridades; ese lamento porque otros no hacen lo que podríamos hacer nosotras; esa indiferencia para tomar una enérgica iniciativa individual. Es la indiferencia tan severamente juzgada por Dante la que produce más dolores que la misma maldad activa.

Además, las leyes existen, pero quién se atreve a aplicarlas? Dejan mucho que desear, es cierto, en cuanto se refiere a la protección de la integridad personal de las futuras esposas y madres, del candor de la juventud, etc., etc. A nosotras las mujeres nos toca mover la opinión pública hacia la tutela de las buenas costumbres buscando que las leyes que existen sean aplicadas pero, al mismo tiempo debemos servirnos de nuestras propias fuerzas. Es preciso que nos demos cuenta de lo que podemos llevar a cabo en este respecto; es necesario que ejercitemos concientemente y resueltamente la influencia moralizadora que hasta hoy hemos ejercido inconciente e incoherentemente.

Nuestra acción moralizadora debe ser muy vasta, muy seria y sobre todo muy profunda; debe ejercitarse en todo campo de acción social y sobre todo en la educación familiar; debe dirigirse hacia las mismas raíces del mal y disminuir las causas.

«Dadme madres buenas—ha dicho un grande hombre—y formaré una nación superior a todas». Pero en dónde encontrar esas madres que estén a la altura de su deber? Qué hacen el estado y la sociedad para asegurarse la cooperación conciente de las madres inteligentes y buenas, cooperación indispensable para la educación de los futuros ciudadanos?

Se pretende, y talvez sea cierto, que la mujer es menos inteligente que el hombre: magnífica razón para cultivar ese poco de inteligencia que tiene, para enseñarle lo que necesariamente debe saber y que su escasa inteligencia—admitiendo que sea escasa—le impide aprender por sí sola. Se pretende—y talvez sea cierto—que la mujer es de índole más frívola, más superficial que el hombre: razón magnífica para darle una educación seria, para hacerle comprender, desde la adolescencia, las responsabilidades de su maternidad futura, sea maternidad física o sea maternidad puramente espiritual.

Pero no basta el corazón, no basta la buena voluntad para ejercitar como se debe la caridad, para disminuir junto con los sufrimientos agudos las causas crónicas de la miseria material y moral. Es preciso agregar una mentalidad especial, formada con ese objeto y nutrida con intensos estudios teorico-prácticos.

De la instrucción primaria y de la secundaria están excluidas las materias cuyo conocimiento sería indispensable para ejercer digna y eficazmente el elevado oficio de la maternidad sea física, sea espiritual.

Es un dogma que no se puede discutir hoy: la escuela no debe dar una enseñanza teniendo en cuenta la vocación especial del individuo ni las exigencias de la vida real pero debe dar la llamada cultura general de materias que no tienen una utilidad práctica inmediata. La enseñanza enciclopédica y literario-estética invade aún los programas escolásticos en manera tal que no deja el más pequeño lugar a las ciencias sociales.

Es preciso que nosotras las muje-

res de las clases cultas pensemos en hacer reformar esos programas para que se les dé lugar preferente a las ciencias que preparan las madres futuras de manera que ellas sean educadoras, sepan formar el corazón de sus hijos, e inspirar en ellos la noble ambición de tenerse puros de cuerpo y de alma dando así a la patria una descendencia fuerte y libre de todo estigma hereditario.

La señora Hoffmann dijo que en sus débiles manos la madre tiene un poder más grande y más fecundo que el del más sabio legislador y ella no lo sabe y no lo usa en bien de sus hijos. De ella depende el porvenir de la raza y tampoco lo sabe! Y no conoce las condiciones varias y las dificultades de la existencia moderna, no conoce los peligros que, ocultos al lado del sendero, están listos a caer sobre la salud física y moral de sus hijos! No sabe, a veces, dirigir su casa, no sabe gobernar la propia familia porque nadie se lo enseña.

En Alemania, a ese respecto, nos hemos puesto las mujeres a reformar y a completar la educación femenina. Hemos introducido en las grandes ciudades y estamos introduciendo en las pequeñas y en los pueblos, escuelas y cursos ambulantes de cocina y de economía doméstica y eso para hacer más atractiva la casa y la vida de familia a los maridos y a los hijos, para facilitar los matrimonios, para impedir la ruina económica y moral de muchas familias.

Hemos enviado, a los pueblos, a jóvenes cultas que han estudiado en nuestras escuelas femeninas de economía doméstica y rural para que enseñen a las pobres campesinas ignorantes el arte de tener la casa bien arreglada, de preparar con po-

co gasto un alimento variado y nutritivo, de obtener mejores resultados del huertecillo, del gallinero, de la colmena; además deben hacerles conocer las nociones elementales para el cuidado de los niños y de los enfermos, sin olvidar lo que se refiere a la higiene y a la pedagogía. De esa manera tenemos esperanzas de impedir el abandono que sufre hoy el campo por parte de la juventud campesina; lograremos así enamorarla de la vida rural y de las cosas de la naturaleza.

Juzgando por nuestra breve experiencia es esta, entre las tantas vías nuevas abiertas a la actividad femenina, la que mejor concilia la utilidad de la obra con la satisfacción de quien da y de quien recibe las enseñanzas.

Tenemos esperanzas de ver, poco a poco, trasportados al campo y convertidos en rientes Asilos de familia o Casas Maternas, los institutos y escuelas que a manera de cuarteles existen actualmente en las ciudades.

Hemos extendido una red de protección para las jóvenes aisladas que tiende a abrazar todo el globo terrestre; hemos instituido la Sociedad de las Viajeras para que en las estaciones y en los puertos arranquen sus víctimas a los traficantes de esclavas blancas.

Hemos organizado y estamos organizando conferencias públicas y cursos privados para introducir a las mujeres a las faenas sociales dándoles las nociones más indispensables de economía nacional; damos conferencias para madres y conferencias para niñas casaderas en las cuales desarrollamos tópicos de pedagogía, de psicología, de higiene, de moral sexual y social.

Hemos nombrado comisiones es-

peciales para el estudio de las cuestiones de moralidad. Y en ellas no tenemos tocar los problemas más escabrosos, ni nos asusta hablar de la más terrible plaga de la humanidad moderna: el alcoholismo.

—Vosotras sois madres—decimos a nuestras compañeras—madres materialmente y espiritualmente; nada de lo que es humano debe seros indiferente, nada debe pareceros demasiado mezquino, nada debe ser para vosotros demasiado alto, ni demasiado vil! El porvenir de la raza depende de eso principalmente y vosotros sois responsables ante la nación y ante la posteridad. Debeis, por amor de vuestros hermanos, descender a los abismos; debeis conocer las ruinas causadas por el alcoholismo. La intemperancia no sólo destruye la salud física y moral del hombre sino compromete también la de la descendencia. La mujer que se casa con un bebedor, es cómplice de su ruina, es responsable también ella de la desgracia, de la inmoralidad, de la delincuencia de sus hijos.

De todas esas iniquidades somos responsables las mujeres porque no nos hemos interesado por la suerte de nuestros hermanos que están en peligro; porque no nos hemos interesado por la suerte de los hijos de los pobres; porque no hemos enseñado a nuestros hijos las leyes severas de la verdadera moralidad; porque hemos tenido tolerancias culpables; porque, por falso pudor, hemos cerrado los ojos precisamente cuando era nuestro deber abrirlos; porque, por respeto humano, hemos callado cuando debíamos hablar.

FELÍCITAS BUCHNER ¹

¹ Escritora alemana contemporánea.

Berceuse

Era de noche: yo tocaba
 una berceuse de Chopin
 y aún sin mirarlo sentía
 fijos en mí los ojos de él.
 Cuánto, Dios mío, nos amamos
 cuando escuchábamos los dos
 aquella rítmica armonía
 que nos llegaba al corazón!
 Mas yo no sé por qué olvidada
 de su presencia aquella vez,
 todas las fuerzas de mi espíritu
 en la *berceuse* concentré.
 La repetí dos y tres veces
 siempre *pianissimo*, el compás
 yo lo llevaba muy despacio,
 muy cadencioso, muy igual...
 Cuando después que hube concluido
 volví los ojos hacia él,
 hallé los suyos ya cerrados;
 nada me dijo, yo callé.
 No sé qué extraño sentimiento
 hizo a mis labios sonreír
 al verlo tan serenamente
 adormecido junto a mí...
 ¿Fue real su sueño? ¿fue un elogio?
 Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
 que yo me dije sin despecho:
 «¡fui más artista que mujer!»

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA ¹

Idilio

Miró otra vez su reloj: las nueve;
 la clase debía haber comenzado ya;
 ordinariamente los escolares y sobre
 todo las señoritas, llegaban un
 poco antes de la hora reglamentaria.
 Ese día ninguno había osado
 aventurarse bajo aquella horrible
 nevada. El maestro dió algunos pasos
 hacia la ventana, y después de
 haber limpiado con las manos los
 vidrios, paseó sus miradas por los

blancos torbellinos de nieve al través
 de los cuales nada se veía; con
 una tranquila resignación dijo: Mal
 tiempo!

Luego se puso a pasear por su
 habitación silbando lo que primero

¹ Esta delicada poetisa uruguaya, es sin disputa, la primera de América por lo intenso de sus sentimientos, por la emoción tierna que la caracteriza y por lo esquisitamente adorables que son sus poesías. Es una hija sensitiva del cisne de Dusseldorf.

se le venía a la cabeza. Reflexionaba acerca de lo que podía hacer en aquella mañana. Si hubiera tenido algo que leer o si hubiera podido ir a saludar al señor Cura! Pero quién podía salir con aquel tiempo?

Algo lo detuvo en sus reflexiones malhumoradas. En el vestíbulo, alguien había cerrado la puerta con fuerza, talvez porque su pequeña mano no podía detenerla. Oyó enseguida pasos menudos y luego vio aparecer una muchacha de falda de color peonía y de chaquetilla negra.

El maestro reconoció en ella a la mayor de sus alumnas, Frida Poganiukova, quien lo saludó enseguida con la frase de costumbre: «Alabado sea el nombre de Jesús! Buenos días, maestro!»

El profesor le contestó:

—Hoy el venir a la escuela impone un gran sacrificio; no me extraño de que nadie, fuera de tí, haya venido.

Frida dejó sus cuadernos y libros sobre el primer banco, y sacudiendo sus brazos adormecidos por el frío, le dijo:

—Mis padres no me querían dejar venir, me escapé sin su permiso pero, querido maestro, es un paseo terrible.

—Frida, puedes resfriarte, es preciso que, por lo menos, cambies de zapatos; puesto que no hay nadie, te prestaré mis pantuflas mientras pones a secar tus botas cerca de la chimenea.

—Con mucho gusto —contestó Frida, sacudiendo la nieve acumulada en su sombrero; luego preguntó, obligada por un sentimiento de coquetería femenina: — Son bellas esas pantuflas?

—Eh! Qué, bellas? Eso poco importa, lo necesario es que puedas cambiarte—contestó el profesor di-

rigiéndose hacia la vecina alcoba que, en ese momento arreglaba su vieja camarera.

—Bárbara—le dijo— agrega leña a la chimenea y llévate mis pantuflas bordadas para que Frida se las ponga mientras sus zapatos se secan.

Y deseando dejar sola a la joven-cita mientras hacía el cambio, se puso a pensar en lo que debía enseñarle esa mañana. Lo mejor era repasar con Frida la geografía y la historia, las cuales, según él creía, eran las materias preferidas por la niña.

Cuando volvió a la clase, Frida estaba sentada en el primer pupitre que ya era pequeño para ella. El joven maestro se dijo, por la primera vez, al verla con sus cabellos húmedos y con aquel aire delicado, que llegaría a ser una bellísima señorita cuando creciera.

Un poco sorprendido por su pensamiento inesperado, miró de nuevo su reloj aunque supiese muy bien que eran las diez menos cuarto. Luego dijo secamente:

—La hora ha pasado, podemos hoy, por excepción, repetir lo que hemos visto de geografía; luego te daré un tema para composición.

—Y qué haremos después de almuerzo si nadie viene? —preguntó Frida levantando hacia su maestro los ojos curiosos.

—Ya veremos. Talvez, a mediodía la nieve cesará de caer y podrán venir tus compañeros—respondió él tranquilamente acariciando un cuaderno que tenía en las manos.

—Debo decirle que, en mi precipitación, no traje mi almuerzo—dijo Frida, cada vez más comunicativa.—Pero eso no importa, ayunaré hoy.

—Puedo darte algo para que almuerces —ofreció el maestro, por cortesía.

—Está bien — contestó Frida — pero yo la corresponderé invitándola a visitar nuestro pueblecito.

—Pero después de la prohibición de tus padres, no debías haber venido — dijo el maestro para cambiar de conversación.

—Quién dice que por el mal tiempo se debe trascurar la escuela? — respondió la niña refutando con habilidad el reproche.

—Eres demasiado grande para la escuela — agregó el maestro afectando una frialdad grandísima. A tu edad deberías frecuentar una escuela superior puesto que, para la nuestra, estás muy crecida.

El tono raro que daba a sus palabras intimidó a Frida, quien, por intuición femenina, adivinó que para ganarse a su maestro debía lisonjearlo; después de un corto silencio respondió lo más dulcemente posible:

—Pero, si me gusta tanto venir a la escuela de usted, qué puedo hacer yo?

Ella había calculado hábilmente; el maestro se ruborizó, y no sabiendo que decir, se puso a morder el lápiz que tenía en la mano.

Después de un silencio, dijo:

—Y bien, Frida, dime las principales ciudades de Austria.

Ella sonrió, creyendo talvez que aquella pregunta no era en serio. Luego dijo:

—Pero, no hemos dicho aún nuestra oración.

De nuevo se ruborizó el maestro, quien con una paciencia pedagógica, respondió:

—Creí que estando sola no te gustaría rezar en voz alta. Pero ya que lo deseas, oremos

Se puso en pie y con acento muy claro dijo el Padre Nuestro. Frida lo acompañó en voz baja y sonrien-

do. Terminada la oración, repitió su pregunta:

—Cuales son las principales ciudades de Austria?

—Viena; Praga Praga Graz Graz ; y Frida comenzó a enumerar como en un sueño; de repente, mirando sus pantuflas se interrumpió para decir:

—Podría saber quién le bordó estas pantuflas? Yo también sé bordar y podría hacerlas iguales, talvez mejores, con rosas No lo cree usted?

—Dejemos ahora las pantuflas! . . . Me las regaló una de mis hermanas.

El maestro ensayaba de nuevo ser severo.

—Responde mejor a mi pregunta. No conoces otras ciudades de Austria?

—Aprendí eso cuando frecuentaba la escuela de Ladoves — contestó Frida, cerrando los ojos y sonriendo con tanta beatitud que toda la paciencia del maestro desapareció, cediendo el lugar a la cólera.

—Crees que soy juguete tuyo? Si es cierto que te gusta tanto venir a la escuela, debes saber que es un lugar serio: ya eres grande para comprenderlo.

Frida lo interrumpió con una voz temblorosa:

—Se lo suplico, no se enoje. Si he reído ha sido involuntariamente Créame, ha sido de alegría interior

—Desearía saber qué alegría puedes sentir al ver que no eres capaz de contestar a una pregunta tan sencilla.

—Es, sin embargo, una grande alegría! Me sentí tan feliz cuando supe que no era una amiga adorada quien le había bordado estas pantuflas.

Apenas hubo hecho esa confesión

escondió la cabeza entre sus brazos que tenía cruzados sobre la mesa. El maestro descendió de la cátedra, atravesó el aula por entre las dos filas de pupitres, llegó hasta la ventana, miró al través de los vidrios los torbellinos de nieve que continuaban y sacó su reloj, logrando de ese modo recobrar la calma necesaria para pronunciar la frase siguiente:

—Frida, tienes que hacer una composición, te concedo una hora para terminarla. El tema lo escribiré en la pizarra—y sin mirar la cabeza inclinada de la niña, el maestro se dirigió hacia la pizarra, tomó el tiza y escribió con una letra bellísima: *Describid el aspecto de la campiña durante la primavera, vista desde vuestra casa.*

Hecho eso, abandonó el aula con una prisa evidente y envió de nuevo a su criada a poner más leña en la chimenea.

Cuando se vió sola Frida, permaneció durante un momento inmóvil; luego preparó sobre su pupitre un cuaderno y un portaplumas. Finalmente, con su letra más cuidada, escribió las frases siguientes:

«La primavera empieza en nuestra campiña antes que en este valle. Asomados a la ventana la vemos venir lentamente cuando vuelve de las costas de Italia antes del día de San José.

Quiénes primero la reconocen son las palomas y los gorriones. Al alba se atreven a dejar sus nidos y se instalan en los aleros para verla en lontananza. Yo también, no tardó en reconocerla debido a las tenues neblinas de tul que los rayos solares atraviesan en la mañana. También las abejas presienten el delicioso momento. Finalmente cuando los retoños y las ramas llenas de savia,

las flores de las plantas que perforan la nieve y las anémonas que colorean de amarillo el cerezo silvestre, han probado con evidencia la llegada de la primavera, venid á visitarnos y nos diréis si existe en el mundo un rincón más bello que el nuestro. Aquí se evoca el recuerdo de todo lo que hemos podido admirar fuera. Las montañas blancas y verdes, y, entre ellas, esa alta con reflejos de pescado, en cuya cima la nieve persiste aún en la época de los calores más fuertes. Allá veréis una cascada formada por siete fuentes que llegan a reunirse y a murmurar juntas su uniforme canción sin abandonar nunca el sendero por el cual llevan su frescura a los hombres y a los rebaños; y si queréis algo más bello, contemplad las casas de los campesinos, las cuales parecen juguetes esparcidos en el verde de la vegetación. Venid a vernos cuando llegue la próxima primavera!

Se pueden encontrar, en nuestra campiña, las flores y los pájaros preferidos. Mis favoritas son las alondras; amo también al mirlo cuando canta, pero cuando vuela me asusta, no sé por qué. Tenemos ligeras ardillas y los cucos dejan oír su grito característico a cada rato. Venid a visitarnos cuando llegue la próxima primavera!

Las más extrañas mariposas vuelan en nuestros jardines, hay tantas parecidas a flores! Tenemos también lindos gusanillos de luz que se pueden tomar por hilos de oro animado.

Venid a visitarnos cuando llegue la primavera! Venid en la época en la cual el cielo es claro y si por caso estuviere oscuro, encenderemos en honor vuestro hogueras que iluminarán desde lejos vuestra ruta y

os cantaremos la más bella de nuestras canciones; os convenceréis luego de que aquel país encantador merece no una, sino muchas visitas.»

Y firmó: «Frida Pogaenikova, de Pritilonna, número 2.» Luego, bajo su nombre, volvió a escribir con una elegante letra: «Venid a visitarnos cuando llegue la próxima primavera!»

Terminada la composición se puso en pie, llevó el cuaderno a la ventana. Le pareció que el aula se oscurecía. Con la satisfacción del deber cumplido, su corazón empezó a latir con ansiedad. Si la composición no le gustase a él! Si le pareciera confusa! Ah! por qué tenía siempre la idea de contar todo aquello para que lo sintiese en el alma, como lo sentía ella, el maestro rubio, el cual no se había dignado responder a la cortés invitación de visitar su pueblecillo encantador.....? Y ahora, cuando volviera a corregir la composición, seguramente arrugaría la frente y talvez llegaría a repetirle que no debía frecuentar su escuela.

Esa pueril idea le causó un dolor tal que tuvo que apoyar la cabeza en los vidrios de la ventana mientras sus ojos se velaron con dos lágrimas silenciosas que rodaron por sus pequeñas mejillas ovaladas.

—Por qué lloras? Quién te ha causado dolor alguno?—le preguntó el maestro, quien se había aproximado a ella sin hacerse oír.

—No, no es nada—sollozó Frida—es solamente la idea de causarle desagrado y..... yo desearía hacer algo que.....

—Cálmate! Cálmate!—contestó el maestro con dulzura; e hizo involuntariamente lo que Frida había soñado tantas veces..... la linda mano blanca del joven tocó tímida-

mente su frente para acariciarla.

Luego tomó el cuaderno y empezó a leer la composición.... Cuando llegó a una de las frases más delicadas, acarició con una mirada enternecida la cabeza inclinada de la jovencita y le pareció que las curvas sobriamente delineadas de sus cejas y los botones purpuros de sus labios inquietos eran también una escritura cuyos secretos le agradaía mucho descifrar. Cuando terminó de leer, fijó sus miradas en la ventana, pero ahora no estaban saturadas de tristeza; hasta le pareció que la tormenta de febrero cesaba, que el día se aclaraba, que los rayos, los perfumes y las canciones de primavera no hacían suyo como lo habían hecho las tiernas descripciones de la encantadora Frida...

—Dime, es verdad que es tan bella la primavera en tu país?—murmuró con voz incierta.

Frida repitió dulcemente:

—Venga a visitarnos, y se convencerá.

—Talvez vaya—replicó el maestro con la amabilidad agradable que había sorprendido en las conversaciones del cura montañés con sus alumnos. Luego agregó:

—Frida, es preciso que respondas a una pregunta mía.... Soy el maestro y tu eres la alumna... Dime, me obedecerás o... quieres que te obedezca?

Frida no contestó enseguida. Sus ojos, que brillaban con una fiereza legítima, se fijaron en los cuadros que adornaban las paredes como pidiéndoles un consejo; luego dijo:

—Es natural... soy yo quien debe obedecer.

—No que debes... sino que quieres obedecer, no es cierto?—interrogó el maestro con franqueza amistosa.

Ella sonrió feliz, al apreciar aquella voz tan dulce que oía en todos los instantes en los cuales pensaba en algo bello cuando se encontraba sola. Después dijo:

—Oh! naturalmente, obedezco con placer. Cómo podría hacerlo de otra manera

—Creo que no eres de aquellas que prometen en vano—agregó el maestro después de un silencio prolongado.

—En cuál pupitre debo sentarme?

—En ninguno, por hoy, puesto que nadie ha venido a clase. Sabes, Frida, lo que pienso, lo que te puede aconsejar tu mejor amigo? No hay mucho sitio aquí, en medio de los otros niños más pequeños... Si quieres... te instruirás separadamente con los libros que escogeré para tí y que te prestaré con verdadero placer.

Frida inclinó profundamente la cabeza y, casi automáticamente, empezó a arreglar sus cuadernos y sus libros; sus manos temblaban, pero de su rostro delicado no había desaparecido aún el gesto de dulzura y de paz que tanto la embellecía.

Al mismo tiempo, el maestro le dijo:

—Me agradaría muchísimo conservar, como un recuerdo tuyo, el cuaderno en el cual escribiste la composición de hoy, mientras iré

allá arriba, a la montaña, a ver en realidad esa primavera que tu alma privilegiada interpreta tan delicadamente.

Frida dijo que sí con la cabeza y, dejando el cuaderno sobre el pupitre, corrió con precipitación al guardarropa de donde tomó su sombrero y su sobretodo.

El joven maestro se dirigió hacia la cátedra, bastante pálido: tocó los papeles dispersos con una mano mal segura, preguntándose tal vez si, por aquella despedida inesperada, habría causado dolor á su alumna.

Cuando Frida preparó su manecita blanca para abrir la puerta, volvió la mirada hacia su maestro y en sus ojos y en sus labios apareció una sonrisa de fe viva, firme y feliz.

V el maestro, pensativo, sonrió ante esa separación sin palabras y sin adjoses, como si la puerta de la escuela, al cerrarse tras Frida, hubiera repetido, como un eco, el dulce estribillo de la canción: «Venid á visitarnos cuando llegue la próxima primavera!»

GABRIELA PREISSOVA ¹

¹ Escritora de Bohemia nacida en Kuko-Hora, ha publicado muchos cuentecitos delicados que, desde un principio, la colocaron entre los primeros artistas bohemios. Algunos críticos la llaman la Jorge Sand de Bohemia.

Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; cada número cuesta diez céntimos; toda suscripción empieza con el primer número. Para todo lo concerniente a suscripciones dirigirse a don Antonio Font, en San José.